

Ramon Sallés

DESTELLOS
de
JAPÓN

Itinerarios y notas
dispersas de viajes

EDITORIAL COMANEGRA

Fàbrica Lebmann, Barcelona

www.comanegra.com

A M, Y A KYO

*Viajar es descubrir que todos están
equivocados sobre los otros países.*

ALDOUS HUXLEY

No todos los que deambulan están perdidos.

J.R.R. TOLKIEN

*¿No notas algo parecido a la emoción de los viajes?
—le pregunté a mi amigo. Nos envolvió un aire denso cargado con el
aroma de las flores y de las hojas frescas durante unos instantes.*

KAJI MOTOKIRO

Contenido

Prólogo	13
Introducción. Por qué Japón	19
Primer viaje. Verano 2015	23
Tokio. Llegadas al hotel.....	25
Primera compra	32
En el excusado	34
Ruta a la desesperada y llegando a Kioto	36
Kioto. Templos y paseos	40
Kinosaki Onsen. Primer ryokan y primeros onsen	44
Kanazawa. Pabellón D.T. Suzuki	59
Última noche en Tokio	66
Segundo viaje. Primavera 2016	73
Kiyotoshi. Mi amigo tokiota	75
Ueno. Pleno, e inesperado, sakura	80
Tsukiji. Irreemplazable.....	86
Nikkō. Entre templos	90
Bake Jizō. Niños fantasmas junto al río.....	95
Alpes Japoneses. Teleférico y ¡cima!.....	98
Hiroshima. Dorayakis en la Estación Central.....	104
Miyajima. La isla de los ciervos	107
Siraishijima. Solos en el mar Interior	110

Tercer viaje. Otoño 2016	115
Osaka.....	117
Nara. Ciervos, parques, templos y, siempre, Buda.....	121
Horyu-ji. En un templo, conviviendo con un Rōshi y su familia.....	124
Kumano Kodo. Camino de Santiago japonés junto a un río termal	133
 Cuarto viaje. Invierno 2018	 149
Las Ryūkyūs.....	151
Yakushima. Vergel.....	152
Okinawa. La casa de la pradera	166
Kumejima. Paraíso	174
 Quinto viaje. Otoño 2019	 181
¡Qué disparate!.....	183
Tokyo Station. Rozando el fatal extravío.....	184
Echigo – Yuzawa. País de nieve.....	188
 Sexto viaje. Primavera 2023 (pendiente)	 203
Datos básicos. Itinerario – esquema – comentarios.....	206
Algunos alojamientos previstos.....	208

Prólogo

La visión de un turista, mapa en mano, cargado de maletas en mitad de los pasillos subterráneos de Shinjuku, ajeno a los miles de oficinistas que hacen trasbordo allí, intentando descifrar cuál de las más de doscientas salidas de la estación lo sacará del laberinto, es una imagen que presencio en cada uno de mis viajes a Japón. La miro con ternura y paso de largo sabiendo que, superada esa sensación inicial de estar abrumado, uno acaba encontrando su camino en Tokio.

Lo sé porque yo también lo viví, me creía triunfal como Ramon al llegar sano y salvo a su primer hotel; por mi parte, tampoco me costó dar con el andén del Narita Express y enseguida llegué al enlace con el metro, pero ahí el plano de todas aquellas líneas de colores y sus distintos precios me abrumó. Entonces, en 2007, casi toda la cartelería estaba exclusivamente en japonés, no había

tantas ayudas al viajero en inglés como ahora, pero aun así logré localizar el nombre de la parada a la que iba, inserté las monedas y me embarqué en una aventura que hoy todavía dura, cuando, ocho viajes después, me desplazo por las líneas de metro de la capital japonesa con la fluidez de quien vive ahí. Como decía, uno acaba encontrando su camino en Tokio. Y engancha, porque Japón tiene algo magnético que nos incita a volver.

Cuando conocí a Ramon hace un par de años, a raíz del club de lectura de mi librería Haiku, por las conversaciones que surgían enseguida supe que él había estado numerosas veces en Japón. Lo presumí amante de Japón de toda la vida, como yo, como la mayoría de los que participamos en el club de lectura. Me sorprendió saber que su pasión por el país nipón era relativamente reciente, de unos cinco años, y más una carambola del destino que algo buscado. Quizá sea la prueba de que Japón vence todas las barreras, incluso las de aquellos incrédulos que apenas esperan encontrar un cúmulo de tópicos, cenar sushi después de visitar algún templo zen y poco más.

Generalmente, es en el segundo viaje a Japón cuando sueles descubrir que, si te alejas de las rutas habituales

(ese sota, caballo, rey de todos los viajes marcando los monumentos imprescindibles), si te atreves a desviarte del camino o si un descuido te empuja hacia otro lugar, entonces es cuando los japoneses te revelan un pedazo de su alma, algo que quizás nadie esperaba que viéramos, como un espíritu en el bosque que en cuanto nos acercamos se desvanece. Ramon tuvo la fortuna, aunque de primeras no lo supiera, de vivir momentos fuera de ruta ya en su primer viaje: un animado *onsen*, una sorprendente Kanazawa... Lo llama falta de previsión en sus notas, pero quizá fuera un golpe de suerte, porque fueron aquellos desvíos los que lo sedujeron lo suficiente para seguir conociendo más de Japón. Y menos de un año después volvía a viajar, y así hasta cinco veces.

Cada uno de sus viajes es más sucinto, menos típico, más específico, incluso más caprichoso, hasta el punto de viajar solo para alojarse en el balneario donde Yasunari Kawabata escribió su novela *País de nieve*. Podríamos decir que el auténtico Japón es aquel que hacemos nuestro: no el que aparece en las guías de viaje, sino el que nos resuena por un motivo u otro. Lo sorprendente de Japón es que siempre quedan cosas por ver o conocer: el Kumano

Kodo, Okinawa, Hokkaido... Y después llegan otras, una frase en un libro de Historia nos despierta las ganas de ir a Yamaguchi, los cuadernos de Bashô nos enamoran de Matsushima sin haberla visto. Y volvemos con la tranquilidad de saber que todo saldrá bien a lo largo del viaje, y que, si no sale bien, nos ayudarán a solucionarlo, a proseguir el viaje como si nada hubiera ocurrido. Pero sobre todo volvemos sabiendo que en cada esquina permanecerá la misma sensación de sorpresa del primer viaje, esos destellos de Japón que, más que deslumbrarnos, parecen llamarnos una y otra vez, como la luz verde llamaba cada noche a Jay Gatsby.

Como no puede ser de otra manera, cada viajero tiene sus propios momentos y rincones de Japón, y, aunque sean únicos e intransferibles, al mismo tiempo se parecen a los que nos pueden contar otras personas. Porque Japón protege sus secretos, pero también es honesto con todos los que lo recorremos atentos. Por eso, muchos hemos vivido esas misteriosas atenciones en los *ryokan* que parecen adelantarse a nuestros deseos o necesidades, o agradecemos con palabras similares a aquel desconocido que se salió de sus quehaceres para acompañarnos

hasta ese sitio al que no sabía explicarnos cómo llegar. Son vivencias compartidas, que nos hablan del hechizo de Japón.

Lo más curioso es que cuando nos creemos ya conocedores de todos los códigos japoneses, cuando sabemos que antes de preguntar algo primero hay que preguntar si podemos preguntar, cuando podemos llegar a aquel museo perdido en mitad de la nada con los ojos cerrados, cuando pedimos en un restaurante como si fuéramos un cliente habitual, Japón siempre nos responde con un mensaje de aviso. Un plan que se tuerce de pronto y que tenemos que dejar a medias, con una sensación de derrota a media escalada, sin ver lo que pretendíamos. Ese extravío nos obliga a reconocer que aún no lo conocemos todo, que Japón sigue siendo tan desconocido como en el primer viaje y nosotros aquellos viajeros perdidos en la estación de Shinjuku del primer día.

Por eso volvemos y por eso sé (o sospecho, mejor dicho) que el planeado sexto viaje de Ramon no será el último que haga a Japón: no podrá ver todo lo que pretende, o conversando con su amigo Kiyō descubrirá la existencia de otro rincón imperdible al que no podrá acudir hasta la

próxima ocasión, o se quedará con ganas de repetir visita con mejor tiempo, o... El viaje perfecto a Japón no existe, porque siempre nos dejaremos cosas por ver e, incluso si viviéramos allí, las rutinas del día a día no nos dejarían tiempo para verlo todo.

Pero esa es parte de la gracia: que en cada viaje solo consigamos acariciar un trozo de Japón, una pieza del puzle, y que nos sintamos empujados a regresar para conseguir las demás piezas aun a sabiendas de que jamás lograremos juntarlas todas. Ese puzle sin completar es este libro: todas las intuiciones de Ramon, los triunfos, los banquetes sencillos en un restaurante cualquiera, los tópicos que nos permitimos disfrutar, las improvisaciones y el cansancio, los *onsen* que solo aparecen cuando baja la marea y hasta los mejores *dorayaki* comprados, contra todo pronóstico, en una estación de tren.

Alex Pler
Marzo de 2021

Introducción

Por qué Japón

Durante años trabajé en el sector turístico, subsector agencias de viajes. Por ello pude viajar en condiciones muy favorables. Visité lugares que, de no haber trabajado en eso, hubieran quedado lejos de mis posibilidades. Así, viajé a países tales como China, Filipinas, Indonesia, etc. Nunca sentí especial interés por conocer Japón.

Muchos años después, en el verano de 2015, mi compañera y yo habíamos decidido ir a Grecia de vacaciones, como llevábamos haciendo los últimos años. Por cierto, mi compañera se llama Mireia (en adelante, simplemente M). Era principios de agosto. M se hallaba en México por motivos profesionales cuando le ofrecieron un trabajo de unos días en Seúl, justo en las fechas en las que ya pensábamos estar en Grecia. Pero aquel trabajo suponía una buena oportunidad laboral. M me propuso que

alterásemos nuestros planes y, dado que Corea del Sur no nos atraía nada, nos encontrásemos en Tokio y aprovechásemos para visitar algo Japón. M había recibido una muy buena opinión de alguien que había estado recientemente en Japón, de ahí la idea.

M iba a volar desde Ciudad de México a Tokio por la vía pacífica, y yo de Barcelona a Tokio por la euroasiática. Nos coordinamos para llegar el mismo día. Ocurrió que el trabajo en Seúl se lo cancelaron con muy poca antelación, pero ya no era momento de echarnos atrás. De manera que M voló a Tokio, haciendo escala en Seúl, pero sin desembarcar en la capital surcoreana. Eso hizo que M llegase a Tokio unos días antes que yo. Quiero mencionar ahora que, si bien todos mis viajes a Japón han sido con M, no siempre hemos coincidido en todas las fechas. Algunas veces ella ha llegado antes, otras he sido yo quien me he adelantado.

O sea, que fuimos a Japón casi por casualidad. Ese primer viaje, sin apenas expectativas y sin planeamiento alguno, me conmocionó, despertó en mí una pasión por el país que aún está lejos de ser colmada. Con estas notas de viaje pretendo ordenar las vivencias y, en cierta forma,

revivirlas. A quien pudiera leerlas, anticipo que no se trata de un diario de viajes, ni mucho menos de una guía turística. Son meras transcripciones de aquellas vivencias que más me sobrecogieron, y la mayoría siguen haciéndolo al recordarlas.

El viaje pendiente, que describo al final, todavía sin fechar del todo, es el que planeo con más diligencia. La pandemia dio al traste con el que iba a ser nuestro sexto viaje a Japón en otoño de 2020, y también con la idea de seguir visitando el país durante unos años más. Creo que va a ser difícil volver a viajar como veníamos haciéndolo. Seguramente la movilidad quedará restringida y los trámites de inmigración en la mayoría de países, aunque sea por motivos turísticos, van a ser más complejos. Con todo, y quizás por ello, me he propuesto sí o sí volver a Japón una vez más, la definitiva, juntando en un solo viaje aquellos lugares que, antes de la pandemia, pensaba abordar en varias visitas más al país. Va a ser el intento más consciente para tratar de penetrar de nuevo, al menos un poquito, en el alma de ese país fabuloso e inconmensurable.

